

PAULO FREIRE: EL HOMBRE QUE SOÑABA ENSEÑAR

Un perfil del gran educador Paulo Freire, cuyo legado se agiganta con el tiempo. A cien años de su nacimiento, sus contribuciones a la pedagogía siguen siendo transformadoras, más aún en esta época marcada por profundas desigualdades. Freire bregó por la inclusión educativa porque sabía que era el camino más fértil para la integración y la armonía social.

Diego Erlan

Nació en San Miguel de Tucumán, en 1979. Desde los años "90" vive en Buenos Aires, ciudad en la que estudió Periodismo e Historia del Arte. Ha sido profesor universitario, guionista y crítico cultural en diversos medios. En 2012 Tusquets Editores publicó su primera novela: *El amor nos destrozará* y en 2016 la segunda: *La disolución*.

Paulo Reglus Freire debería haberse llamado Regulus pero un error en el momento de su registro en la ciudad de Recife, transformó a ese “pequeño rey” en “regla” y de esa manera cierto relámpago etimológico iluminó lo que marcaría su destino. Nació el 19 de septiembre de 1921, siendo el menor de cuatro hermanos de una familia nordestina cuyo padre, sargento del ejército, administraba autoridad y libertad con sabiduría. La madre, ama de casa, por su parte, aportaba el cariño que enseguida se vio reflejado en el afecto para enseñarles a leer a sus hijos. Como entendería años después, la alfabetización de Freire surgió de las palabras que rodeaban al universo de su infancia. No fue una vida fácil. El crack del 29 repercutió también en esa familia, que tuvo que mudarse a Jaboatão dos Guarapes, a 18 kilómetros de Recife, para encontrar mejores perspectivas. La muerte del padre, cuando Paulo tenía trece años, liquidó el resto.



En una entrevista, de 1978, Freire explicó que deseaba intensamente estudiar pero no podía porque la situación económica de su familia no lo permitía. Su hermano mayor vio algo en él y lo empujó a hacerlo.

En una entrevista en *Pasquim*, de 1978, Freire explicó que deseaba intensamente estudiar pero no podía porque la situación económica de su familia no lo permitía. Su hermano mayor vio algo en él y lo empujó a hacerlo. Ese gesto, quizás, terminó de definir su vocación. Hay una anécdota bastante significativa en la biografía de Paulo Freire y traduce en imagen aquel momento: tenía dieciocho años y se tomaba el tren para ir a cursar. En esos viajes solía dormirse y siempre soñaba con ser maestro: “Lo soñé tanto que cuando me convertí en maestro, lo que yo era en mi imaginario se correspondía muy fielmente con lo que era en la realidad, tanto que no distinguía una cosa de la otra”. Cuando estaba solo en el vagón del tren que lo llevaba desde Jabotão hasta Recife para estudiar –y que demoraba cuarenta y cinco minutos en recorrer esos dieciocho kilómetros, porque paraba en todas las estaciones–, lo que viajaba allí sentado era su cuerpo físico. En su imaginación, Freire daba una clase sobre la sintaxis del pronombre ‘se’: “Daba cuarenta y cinco minutos de clase y si alguien me tocaba y despertaba, no sabía decir dónde estaba. Nunca trabajé en un comercio, tampoco en una fábrica. Mi amor por el magisterio era tan grande que yo vivía dando clases en mi imaginación. Y cuando empecé a dar clases, confundía las clases imaginarias con las reales”. La educación, para Freire, era fascinación.

En 1947, cuando Paulo Freire cursaba el último año de la carrera de Derecho, en la Universidad Federal de Pernambuco, el profesor Paulo Rangel Moreira lo invitó a trabajar en el sector de Asistencia Social del Servicio Social de la Industria (SESI). Si bien en un comienzo Paulo se opuso, su esposa Elza Maria Costa Oliveira, maestra de escuela primaria, descubrió que el SESI podía ser un medio eficaz para concretar las ideas que Freire estaba gestando, acopladas a su experiencia con niños de preescolar. ¿Cuáles eran esas ideas? La alfabetización y la educación de adultos podían articularse en un proyecto de liberación política y cultural más amplio que se dirigieran a la “lectura del mundo”, y a la toma de conciencia crítica con respecto a la cotidianidad opresiva que vivían los sectores populares.

En el libro *Cartas a quien pretende enseñar* (Siglo XXI, 2008), Freire recordó que su paso por el SESI fue un tiempo de profundo aprendizaje. “Aprendí, por ejemplo, que mi coherencia no radicaría en atender, por un lado, a los padres y a las madres que nos exigían, [...] ni, por el otro, callarlos con, por lo menos, el poder de nuestro discurso. No podríamos por un lado rechazarlos diciendo un no contundente a todo, diciendo que no era científico, ni aceptar todo para dar ejemplo de respeto democrático. No podíamos ser ‘tibios’. Precisábamos dar apoyo a sus iniciativas ya que los habíamos invitado y les habíamos dicho que tenían derecho a opinar, a criticar, a sugerir. Pero, por otro lado, no podíamos decirles a todo que sí. La salida era político-pedagógica. Era el debate, la conversación sincera con que buscaríamos aclarar nuestra posición frente a sus pleitos”.

A partir de experiencias como esta, Freire luchó para que la educación popular se convirtiera en una acción político-cultural, enfocada a la emancipación de los oprimidos, estimulando la cooperación, la decisión autónoma, la participación política y la responsabilidad social y ética de los educandos. Esas certezas son la base del trabajo más importante de Paulo Freire: su “pedagogía del oprimido”.

La forma que uno tiene de estar en el mundo no es individual, ni tampoco solamente social, entiende Freire. Es un intercambio dialéctico entre lo que heredamos genéticamente, lo que traemos en el cuerpo, y lo que adquirimos de manera social. Freire siempre puso énfasis en lo social: desde chico tenía ciertas curiosidades que lo llevaron “a no romper lo que no puede ser roto, a no dicotomizar lo que no puede ser dicotomizado, a no separar los inseparables”. En el fondo –plantea Freire– hay momentos en que uno y su habla son parte del proceso de conocer: “Uno habla del conocimiento y analiza e investiga las formas del conocimiento; uno es método y, al mismo tiempo, resultado”.

Una noche de 1962, Paulo Freire llegó a la ciudad de Angicos, en Rio Grande do Norte, el segundo estado más pobre de Brasil, localizado en la región Nordeste; iba en un auto económico y equipado con lo mínimo. Instaló una carpa con pizarrón y se preparó para comenzar al día siguiente el proceso de alfabetización de trescientos trabajadores rurales, que se concretó en cuarenta y cinco días. Cabe señalar que esa experiencia fue posible porque Freire se valió del programa Alianza para el Progreso, financiado por el gobierno estadounidense, y consiguió transformar ese recurso tan cuestionado por la izquierda de la época en una posibilidad no sólo de alfabetización, sino de concientización del trabajador rural, de las condiciones de trabajo en el campo. La experiencia tuvo repercusión en el país entero, y gracias a eso Paulo recibió una invitación del presidente João Goulart para coordinar el Plan Nacional de Alfabetización, cuando el mandatario asistió a la ceremonia de cierre de la experiencia en Angicos.

Esta convocatoria del presidente le produjo a Freire una tremenda satisfacción. Durante la experiencia de alfabetización en Brasilia había, obviamente, muchos nordestinos en los grupos: habían llegado hasta allí para construir una ciudad que no les pertenecería. En pleno arrebato de intuición, Freire preparaba un trabajo que ni siquiera había puesto a prueba, y entonces se preguntó cómo hacer para enfrentar uno de los problemas más serios que tenía, y que todos los reaccionarios tuvieron que enfrentar en la práctica y en la teoría: “el pesimismo de las masas”. “Tenía ante mí el fatalismo de hombres, mujeres e incluso niños, y terminé encontrando la superación de ese fatalismo. Y me hacía esas preguntas mientras pensaba cómo elaborar esa cuestión del método; en eso, recordé que podía buscar un debate en los discursos populares, algo que, partiendo de lo más concreto, los ayudara a comprender el mundo natural tanto como el mundo social”. Freire entendió que el hombre y la mujer, como hacedores de la cultura mediante la transformación de lo mínimo natural, expresan esa cultura en la oralidad, que es también cultura. Entonces pensó mostrar a los sectores populares que, si juntos somos capaces de cavar un pozo en la tierra y encontrar agua, estamos dando respuesta a una necesidad, y responder a una necesidad con nuestro trabajo es crear algo que no existía en el mundo. “Nosotros -agitaba Freire- creamos con nuestras ganas, con nuestra inteligencia, con nuestro cuerpo”. Al traducir eso a la práctica y la acción se está dando una respuesta que satisface una necesidad básica: y eso es cultura. Y si haciendo cultura somos capaces de modificar el mundo que no creamos -planteaba Freire-, ¿por qué no somos capaces de rehacer el mundo de la cultura, de la política y de la historia? “La pregunta tenía una enorme razón de ser, epistemológica, sociológica, política; es decir, yo estoy aquí en el mundo, pero no hice ese mundo que está ahí. Cavo un pozo aquí y encuentro agua, y entonces gano el mundo: supe satisfacer una necesidad y creé cultura para satisfacerla. ¿Por qué no voto diferente ahora? No porque haya votado a un sinvergüenza quedo destinado a no votar diferente, a no cuestionar la existencia misma del voto como expresión de libertad. Puedo interferir por medio de la política, que es una acción histórica, cultural; puedo interferir con mi modo de contar y de hacer la historia: no importa que me vean como un objeto completamente inmerso en ese mundo, un objeto de ese mundo, ni que sea un hambreado; yo también puedo ser sujeto de este momento social. Todo radica en cambiar mi comprensión de las cosas. Debido a que yo proponía una comprensión más crítica, algunos marxistas de los años setenta me tildaron de idealista”.

Podría haber sido idealismo el de Freire, pero en verdad formaba parte de las elucubraciones de su búsqueda, y le resultaba estimulante desde una perspectiva teórica.

El programa de alfabetización debe provenir del pueblo que se va a alfabetizar, no de los educadores que van a alfabetizarlo: debe partir del análisis del lenguaje común que habla ese grupo.

En 1964 existía una predisposición histórica, social y política hacia todo lo que valorara a la masa popular. Entonces Freire apareció de pronto con la propuesta de que la educación no fuera la hacedora de todo, pero si se tomaran como punto de partida las condiciones existenciales concretas de los grupos populares, funcionaría. Sobre todo porque la educación es un acto, un conocimiento, y sin la enseñanza de algo no existen ni la enseñanza misma ni el aprendizaje. El proceso de conocimiento se da a partir del análisis crítico del contexto donde el educando y el educador se encuentran. En el caso de la alfabetización, eso comienza con la comprensión del lenguaje. De esa manera, el programa de alfabetización debe provenir del pueblo que se va a alfabetizar, no de los educadores que van a alfabetizarlo: debe partir del análisis del lenguaje común que habla ese grupo. Por esa razón, Freire defendía la investigación del universo léxico mínimo del pueblo. Hay varios puntos en común entre Lev Vigotsky y Paulo Freire, principalmente porque los dos -uno en la Rusia de los años treinta, y otro en el Brasil de los años sesenta- intentaron encontrar salidas para el analfabetismo. Si bien Piaget y Freire apuestan a la acción dialógica, Piaget fortalece su método basándose en el monologismo, mientras que para Freire el sujeto debe ser tanto interactivo -en eso concuerda con Vigotsky- como activo, según las orientaciones generales de Piaget. Por eso, en su teoría Freire se aproxima a Piaget y a Vigotsky, y produce una síntesis entre el método individualista del primero y el método dialéctico del segundo.

Hasta su muerte en 1997, Paulo Freire siguió una simple y única regla: no dejar nunca de pensar en la educación. La fase del oprimido devino en una pedagogía crítica que lo condujo, a su vez, a una pedagogía de la pregunta. De esa forma, entre el léxico y el diálogo, el núcleo de su pensamiento se articuló en una vocación incansable por hacer las cosas y transformar el mundo. ■